



Tamayo Pérez, L. (2014). *Aprender a decrecer. Educando para la sustentabilidad al fin de la era de la exuberancia*, México: Paradiso Editores-Instituto Tecnológico para el Desarrollo Sustentable de México, 109 pp. ISBN: 978-607-96080-6-4

Cambio climático, deforestación, pérdida de biodiversidad, contaminación derivada del uso de agroquímicos “onerosos, ineficaces y peligrosos”, acidificación de los océanos, reducción del uso mundial del agua dulce y agravación de los fenómenos hidrometeorológicos plantean un “escenario de extinción masiva” si la temperatura de la tierra sigue aumentando por nuestra imparable depredación y la obstinada ma-

nera de vivir en el entretenimiento, el consumo y el dispendio, afirma Luis Tamayo en su libro *Aprender a decrecer. Educando para la sustentabilidad al fin de la era de la exuberancia*.

Y es que el ser humano, en aras del “progreso”, ha vivido engañado (y engañando) al pensar que es eterno e imperecederos los recursos naturales y energéticos de nuestro planeta. El crecimiento poblacional, los patrones de consumo impuestos por el capitalismo globalizado, la inconsciencia social, el descompromiso político, la indiferencia gubernamental, la indolencia de una buena parte de la comunidad científica o la corrupción, por codicia, de algunos de sus integrantes que legitiman lo que las corporaciones biotecnológicas dictan mundialmente para envenenar la Tierra y lucrar luego con la salud y el hambre de los pueblos; todo ello, dice Tamayo, sumado al fin de la era del petróleo barato, el mercado neoliberal y el calentamiento global antropogénico tienen que ver con una crisis socio-ambiental de consecuencias aún insospechadas, que empezó a gestarse cuando el hombre se erigió a sí mismo como la especie principal para dominar el planeta.

Un grupo cada vez más creciente de estudiosos entre los que destacan filósofos, economistas, geógrafos, sociólogos, climatólogos, antropólogos, médicos, planificadores, proyectistas, demógrafos, ecologistas y pedagogos, ha advertido que la humanidad tiene comprometidos el bienestar y la supervivencia si continúa prevaleciendo la depredación de los recursos naturales, el exceso de confianza, la ignorancia, el derroche, la estupidización y la inacción. De ahí que comprender el presente e imaginar el futuro sean dos tareas que debe atender una educación distinta a la que hasta ahora se aferra a cubrir contenidos en lugar de descubrir soluciones a los desafíos del porvenir. Sólo

una educación, señala el autor, que permita “despertar del desmesurado y enloquecido sueño del progreso” nos enseñará a prospectar, es decir, a pensar el mundo catastrófico que se avecina para re-construirlo.

Ha sido una mezcla de insapiencia y necesidad la que ha llevado al hombre a pasar por alto que los recursos de la tierra son finitos; la destrucción del mantillo simplifica el suelo, genera la pérdida de su capacidad productiva y altera su microflora y microfauna; la privatización del suelo representa una trampa insensata derivada de una sociedad avariciosa; la agricultura implementada a imagen y semejanza de la industria condena al descuido y el abandono al campo y los productores; la apertura de las naciones pobres a los excedentes agrícolas de las naciones ricas, genera una dependencia absoluta de quienes son dueños de los alimentos; y la apertura global a los transgénicos profundiza la pobreza y pone en riesgo nuestra seguridad alimentaria y nuestra existencia.

Luis Tamayo invita a aprender de la naturaleza y emularla; a ser responsablemente precavidos y pensar en la *ecoeficiencia*, que permite hacer mejor uso de “las tecnologías de producción orgánica de alimentos, captación de agua de lluvia, riego de los sembradíos, aprovechamiento de la energía solar, eólica, hidráulica, maremotríz y geotérmica”. Exhorta a la autocontención para respetar los límites planetarios y a la justicia socioambiental al reconocer que nuestra ceguera y apatía, pero sobre todo nuestra depredación han hecho un daño letal a la madre tierra que es, en muchos sentidos, irreversible.

Basado en autores e investigadores comprometidos con el bienestar humano, en fuentes actuales y estudios recientes, Tamayo denuncia cómo las grandes empresas agroquímicas y biotecnológicas se enriquecen con la venta de semillas transgénicas y herbicidas específicos; cómo corrompen a gobiernos y científicos que tuercen la verdad por intereses económicos. Señala, asimismo, que la agricultura convencional y las “prácticas agroindustriales enferman subrepticamente a gran parte de la humanidad” y la conducen, lentamente, a la marginación y la miseria.

*Aprender a decrecer* es un libro en el que se retoman, amplían y documentan muchas ideas referidas ya en un texto anterior, también del autor: *La locura ecocida. Ecosofía psicoanalítica* (Fontamara, 2010). Con estas obras Luis Tamayo se suma a un grupo de pensadores que busca hacerse oír al denunciar un sistema de mercado enajenante que ha conducido a la humanidad a un materialismo absurdo y un consumismo imbécil, en una “era de la exuberancia” que nos permitió en otro tiempo el usufructo y consumo del petróleo barato pero también nos hundió en una comodidad temporal y una estulticia generalizada que llevó a olvidarnos de *los otros* y *lo otro*.

La única manera que el autor encuentra de “escapar al escenario apocalíptico” que deja entrever “un mundo cada vez más caótico, pobre y urbano”, es la educación. Pero no la que ha prevalecido hasta el momento, obstinada en enseñar datos. Se precisa otra, alternativa, *que nos enseñe a vivir y convivir* entre nosotros, respetando el planeta al que tanto daño hemos hecho. Así, al advertirnos Luis Tamayo sobre la insensibilidad de los capitales extranjeros y su voracidad; al reiterarnos que prevalecen la limitación de los recursos, la atomización de las superficies cultivables, la erosión, desertización y deforestación; que la sobrepoblación acarreará graves problemas de alimentación, salud, trabajo, vivienda, seguridad y transporte público; que enfermedades nuevas, malestar social, hambrunas y guerras están por venir; que el crecimiento y comodidad de la humanidad no durará mucho; que el calentamiento global “no es una mera especulación” ni una “crisis imaginaria”; que se aproxima una creciente migración de “refugiados ambientales”; que “sequías, trombas, huracanes, inundaciones, incendios forestales [y] ondas de calor” serán cada vez más comunes; que nuestras propias casas son ahora “escenarios de riesgo” por el agua que ingerimos y los alimentos que probamos, pues contienen residuos de “hormonas, antibióticos, biocidas (insecticidas, herbicidas, nematocidas, fungicidas y rodenticidas)”. Digo que al dar cuenta de todo ello, Tamayo despierta en nosotros *el dolor de la lucidez* y nos recuerda que una educación que omita hablar del cambio climático, el descongelamiento de los glaciares, el cambio de salinidad del agua, el incremento en el nivel del mar, el decrecimiento del agua dulce y su inviabilidad para el consumo, el deterioro de los ecosistemas, la desaparición de los arrecifes, el aumento de especies en peligro de extinción y los problemas de supervivencia que plantean los crisis que están por llegar; una educación que pase por alto todo ello, nos deja ver, seguirá fracasando en su intento de formar al hombre íntegramente.

En suma, *Aprender a decrecer* es un libro que exhorta a revisar los fundamentos de la educación para regresar a las bases de una convivencia humana armónica; que permita frenar el deterioro ambiental, superar la mirada parcial de los problemas y construir una sociedad convivial, si queremos tener futuro.

*Germán Iván Martínez Gómez*

Departamento de Investigación e Innovación Educativa  
Escuela Normal de Tenancingo, México